

LA CIUDAD AJENA

ENRIQUE ARMENTEROS



EDITORIAL PEZSAPO
COLECCIÓN MAR



hola@pezsapo.com

www.pezsapo.com

En Facebook: www.facebook.com/pezsapoeditores

En Twitter: @pezsapoeditores

Editora: Inmaculada Puche Romero.

Coordinación: Julia Viejo Sánchez.

Ilustración de la cubierta: Victoria Borrás.

Fotografía del autor: Cristina García Torres.

Grafismo interior: Francisco Alcántara 'Falcant'.

Composición y maquetación: peZsapo.

© 2016, Enrique Armenteros Caballero.

© 2016, de la presente edición: peZsapo.

Todos los derechos están reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del *copyright*.

Segunda edición: noviembre, 2016

ISBN: 978-84-944672-8-8

D. L.: J 463-2016

Impreso en España

*But the film is a saddening bore
'Cause I wrote it ten times or more
It's about to be writ again
As I ask you to focus on
... Is there life on Mars?*

Life on Mars? David Bowie, 1971

PRIMER MOVIMIENTO

1

FANTASMAS DEL PASADO

En medio de la noche, el último tren de Madrid se acercaba a su destino con lentitud exasperante. Un rostro desencajado en el cristal, la mirada perdida en la oscuridad exterior. Las luces urbanas salpicaban la lejanía a través de la ventana y se convertían en tubos alargados en fuga hacia el horizonte. El único pasajero del vagón cerró los párpados y recorrió con la yema de los dedos el contorno de sus ojos durante unos instantes. Luego, los retiró con gesto brusco. Habría querido arrancárselos de las cuencas.

Tras unos instantes, el hombre alargó la mano hacia el periódico que había a su lado, probablemente olvidado por algún otro pasajero, y abrió una página al azar. De inmediato se sintió atraído por el titular. Continuó con el texto.

La ciudad de Jaén está aferrada al cerro de Santa Catalina como si le fuera la vida en ello.

“Cualquiera diría que estoy loco”, pensó al darse cuenta de que había leído en alto, con voz grave y tensa. Aunque no se trataba de eso, una mueca ambigua se dibujó en sus labios y se contagió al resto de la cara hasta transformarla en una máscara grotesca.

Volvió a despegar la mirada del periódico, mientras lo cerraba momentáneamente sobre su regazo e intentaba ahuyentar el nombre que llevaba persiguiéndolo desde hacía horas. Puede que días. Como quien es acechado por un diablo ignoto. Así sentía la presencia de aquel nombre. *Dunja*. Como una especie de cáncer que se hubiera apoderado de su cerebro. *Dunja. Dunja*, repitió.

Espiró todo el aire que contenían sus pulmones con la esperanza de alejarlo de sí. El fin del viaje se aproximaba y, como si quisiera probarse a sí mismo que aquella vaga sensación de miedo no tenía ningún fundamento, volvió a posar la vista sobre el periódico. Se zambulló en el artículo que había empezado unos instantes atrás y siguió leyendo en voz alta. Tal vez el hecho de oír sus propias palabras le sirviera de bálsamo para calmar la inquietud:

Un magnífico castillo vigila las casas desde lo alto y, cual titán mitológico, se esfuerza en evitar que las abigarradas calles, instaladas en las faldas de la montaña, se derramen ladera abajo. Así, este gigante pétreo sostiene con sus cansadas manos un ramal de cadenas que tiemblan cada noche bajo el peso de la tierra, el bufido del viento y el desconsuelo de la intemperie. Tan solo siente un ligero alivio al alba, cuando el sol muerde las viejas murallas árabes, hoy apenas trazos imaginarios que contuvieron en su día los márgenes de la ciudad. De estas ahora no queda más que una memoria discontinua que, por lo demás,

es la que caracteriza a los jiennenses. En cuanto amanece, claro, el titán dirige su mirada hacia el este, en dirección al otro coloso que entiba la ciudad: la catedral de la Asunción; ésta impide que las calles se desborden hacia el abismo de olivos que circunda Jaén y decide, en última instancia, que fluyan hacia el norte con la desconfianza propia de una madre que contempla los primeros pasos a su hijo.

Se entiende, pues, que el carácter de la gente de Jaén sea áspero, vacilante y receloso. Puede que también tenga que ver con la sensación de vivir al borde del vacío. O, quién sabe, tal vez simplemente sea así de natural. Pasea por la ciudad con la mirada cruzada, atenta en todo momento a algo que, por lo demás, nunca acaba de suceder. Porque, gracias al esfuerzo y a la constante vigilancia de los estos dos colosos, Jaén se ha acostumbrado a que el tiempo transcurra despacio y sin sobresaltos, y a que apenas suceda nada digno de mención. Y así, no será raro encontrar quien se ría al unir las palabras “ciudad” y “Jaén” en una sola oración: a los que hemos crecido aquí —que somos también los que conocemos la verdadera esencia de este lugar recóndito e insignificante— se nos suele venir a la cabeza “pueblo”, aunque no falta en esto un deje de amargura, resignación o, siendo generosos, de ironía velada.”

No tuvo tiempo de seguir leyendo. Un chasquido de megafonía anunció la llegada del tren a la estación. Así que el hombre se apresuró a doblar el periódico meticolosamente en tres mitades, igual que una carta, y se lo puso bajo el brazo. Antes de completar el movimiento, echó un último vistazo al autor del artículo. Se sorpren-

dió de que fuera una mujer; no tenía ningún motivo para ello en realidad, pero el tono le había parecido masculino. Vega Zabala, murmuró en voz baja. No le sonaba el nombre, así que concluyó que debía de ser una nueva incorporación al periódico local. Suspiró y se le vino a la cabeza el pensamiento malicioso de que duraría poco en la redacción. Alcanzó su maleta y aguardó junto a la puerta a que el tren fuera disminuyendo la velocidad hasta detenerse al fin a orillas del andén. Antes de bajarse, reflexionó unos instantes y acabó depositando el periódico en la papelería con un gesto de desprecio. Quién coño se creía que era esa Vega Zabala para decidir cómo es Jaén.

Sin embargo, el tono del artículo había infestado por completo los pensamientos de Ernesto Quiles. Cuando llevaba andando poco menos de cinco minutos –la noche era inusualmente agradable para la época del año en que estaban y había rechazado la idea de subir a casa en taxi–, se sorprendió a sí mismo construyendo lo que faltaba del mismo en su imaginación. *A esta naturaleza de los jiennenses, añadió una voz en su interior, tras captar retazos de una conversación que un animado grupo sostenía a un lado de la acera, también contribuye un acento que despoja a las vocales de su timbre usual y las convierte en granadas de mano que estallan al acabar las palabras, por cortas que sean, haciendo que se volatilice sin dejar rastro cualquier vestigio de ese sonido silbante final que, según los habitantes de otras regiones, tanto adorna los vocablos del español. Todo el que llegue hasta Jaén y pegue el oído a cualquier conversación experimentará una extraña y violenta sensación que le llevará sin duda a preguntarse si está aún en territorio nacional o si, por el contrario, no*

habrá viajado al extranjero. Pero las gentes de Jaén, como sucede en el resto del mundo, no se percatan de esta particularidad fonética; piensan que así es como debe ser, y no contemplan otro uso del lenguaje que el de su costumbre. Tal vez a ello contribuya que suelen salir con demasiada frecuencia de los dominios en los que les ha tocado vivir, por supuesto.

En su mayoría, pues, los jiennenses se dedican a los oficios habituales en los pueblos, y esto también contribuye a que pocos consideren a Jaén como una ciudad de verdad. Agricultores, tenderos y trabajos artesanos varios que conducen la vida por un camino previsible y corriente. No debe olvidarse, no obstante, que Jaén es una de las provincias más castigadas de Andalucía –y, como consecuencia, de España– por el desempleo, con una tasa desorbitante que se acerca a la mitad de la población. Esto, dado que no es flor de un día, influye también de manera inequívoca en el carácter de la gente, que prefiere no hacer gastos superfluos. ¿Y qué lo es más que la cultura, si nos ponemos en su piel?

Como resultado, en Jaén no hay grandes alardes ni eventos culturales, y si uno quiere emociones de este tipo, no tendrá más remedio que viajar a la cercana Granada o, mejor, atravesar Despeñaperros, y dirigirse a Madrid. Por todas estas razones, si un jiennense tuviera noticia de que en su “pueblo” se organiza un certamen de piano una vez al año y que, además, los expertos lo consideran como uno de los referentes a nivel internacional en este campo, sin duda pensaría que la información está equivocada o que se trata de una broma de dudoso gusto.

Obviamente, Ernesto Quiles, flamante director del conservatorio de la ciudad, era consciente de que se ha-

bía dejado llevar por asuntos personales. El artículo que acababa de completar mentalmente jamás podría haber seguido aquel camino, aunque estaba satisfecho con el resultado final. Sin duda reproducía con bastante fidelidad el tono y el estilo de la periodista. En realidad, a Quiles le gustaba Jaén y podía decir con orgullo que se sentía cómodo dentro de aquella ciudad *manejable e insignificante*, como la había calificado esa tal Vega Zabala. No, no le sería grato que se produjeran cambios en el lugar donde había crecido y vivido.

–Esto no es Nueva York –masculló entre dientes para sorpresa de los transeúntes que pasaban a su lado en aquel momento. Sonrió al darse cuenta de que había articulado la frase en voz alta. De nuevo. Mientras comparaba los edificios de la plaza de la Constitución con los rascacielos de la ciudad estadounidense –en la que había hecho escala recientemente–, se apresuró a doblar la esquina que lo condujo al fin hasta su calle, donde dos hileras de farolas vigilaban un empedrado suave por el que, a aquella hora, no circulaba ningún vehículo. Al fondo, la inmensa mole de la catedral, la misma que la periodista había nombrado en su artículo. De hecho, desde el salón de su piso podía contemplarse una de sus esquinas. Aún más allá, la presencia imponente de la peña del cerro de Jabalcuz, que amenazaba con desplomarse sobre la ciudad. Una copa de coñac y su sillón preferido. Sí, ese sería un buen modo de librarse de las sombras que le acechaban desde algún remoto lugar del pasado, pensó mientras abría el portal.

Y la música, claro. Bach parecía el bálsamo idóneo, así que se decidió por el *Clave bien temperado* y pensó en el sublime esfuerzo y en el afán de perfección del maes-

tro Johann Sebastian. Cerró los ojos y se sumergió en la melodía como quien encuentra un oasis en medio del desierto. Una vez leyó que, si el conjunto de las treinta y dos sonatas de Beethoven era considerado como el Nuevo Testamento del piano, el *Clave bien temperado* de Bach sin duda sería el Antiguo. Quiles no tenía nada en contra del genio arrebatado de Beethoven –más bien todo lo contrario–, pero prefería la perfección matemática de Bach y su afán de observar el mundo a través de la inteligencia y la razón, frente a la emoción desatada del primero. Recordó cuando –hacía mucho tiempo de aquello– vio una partitura del puño y letra de Ludwig van Beethoven y quedó horrorizado por su escritura caótica y desordenada. Algo así era impensable en Bach, quien había comprendido lo sublime y lo había trasladado a la música; había creado un universo inalterable que todavía hoy servía para explicar el mundo. No era ninguna casualidad que hubiera elegido a este último autor como broche y piedra angular del concierto inaugural que daría en la presentación del próximo –e inminente– certamen de piano.

Agitó en amplios círculos el licor de la copa que ocupaba toda la palma de su mano derecha y provocó un pequeño maremoto concéntrico en su interior. A pesar de la inquietud que sentía por haber recordado aquella incómoda cita –la apertura de la 58ª edición del Concurso Internacional de Piano “Premio Jaén”–, se alegró de estar de nuevo en su ciudad. De nuevo en casa. A salvo del mundo exterior y de sus alteraciones caóticas. Desde su sillón, delante del ventanal, miró alrededor con satisfacción. Sentía que el orden feroz que reinaba allí dentro le ayudaba a calmar el ajetreo del viaje y a alejarlo de

las sombras que estaban ligadas al concurso... y a aquel nombre. Las partituras, los discos, los libros meticulosamente alineados en la enorme estantería de madera hecha a medida. Cada pequeño elemento en su lugar. Como las notas en la partitura de Bach.

Sin embargo, y a pesar de que la melodía acunaba sus sentidos, no conseguía relajarse. Habría dejado con gusto que le cercenaran la cabeza de un tajo con tal de que aquel nombre desapareciera. Sonrió con cinismo al recordarse que la iba a necesitar sobre los hombros; la primavera estaba a punto de llegar y, como cada vez que esto sucedía, tenía la sensación de que todo estaba en el aire. Hacía cinco años que había aceptado la dirección del Concurso Internacional de Piano “Ciudad de Jaén” y la presión no había hecho otra cosa que incrementarse. A pesar de haber logrado algunos progresos importantes, la presencia del certamen en la ciudad apenas era testimonial. Era cierto que se habían conseguido algunas pequeñas victorias: conciertos en plena calle en vísperas del concurso, clases para piano impartidas por miembros del jurado o mayor cobertura publicitaria; incluso la publicación de una novela ambientada en el propio certamen, según había escuchado. Pero no era suficiente. Cuando al fin llegara el día 31 de marzo, fecha programada para el acto inaugural del 58º Certamen Internacional de Piano, muy pocos en la localidad se habrían percatado de la existencia del evento. No es que Quiles fuera una persona negativa; pragmático o realista eran adjetivos que, creía, se ajustaban mejor a sus cualidades. En realidad –aunque no le gustara alardear de ello–, el piano era un instrumento superior y no todo el mundo estaba preparado para comprender sus implicaciones. Al menos, ya

no. Pensó en la música moderna, en las bandas con batería y guitarras eléctricas y sintetizadores. O, peor aún, con música pregrabada. Esa música abominable llenaba estadios. Pero el piano, la música clásica –como la llamaban muchos, de manera inadecuada, según su opinión– era algo mucho más selecto. Era pureza, contención, esfuerzo. Pertenecía a la élite. Así que, en el fondo, Quiles pensaba que el concurso de piano de Jaén tenía la atención correcta. Ni menos ni más. Los pianistas no son estrellas de rock. Un certamen de piano no es un festival de esos que se organizan en la playa, en los que reina el desenfreno y lo que menos importa es la música, su calidad o la pericia de los intérpretes. El de Jaén había de ser un evento exquisito solo apto para unos pocos elegidos.

Un gesto de preocupación empañó su rostro al llegar a este último pensamiento. Y es que aquel era el primer año en que el consejo asesor se había decidido a hacer cambios en la estructura del certamen. Ya antes del verano se le había invitado a abandonar la presidencia del jurado, acotando su papel a director artístico. A juicio del consejo, el concurso podría ganar solvencia con la división de funciones. A pesar de que habían estado tradicionalmente unidas, estaban convencidos de que había llegado el momento de que personas diferentes se dedicaran a velar por los intereses del jurado, de una parte, y por el funcionamiento y desarrollo del concurso, de la otra.

Finalmente, se había recurrido a Teresa Xirgú, directora adjunta del Real Conservatorio de Madrid, quien había aceptado de buen grado el puesto de presidenta del jurado. Por supuesto. Quiles seguiría ostentando el cargo de director artístico y, en compensación por la afrenta

–casi a sugerencia propia–, se le invitó a dar el concierto inaugural de la 58ª edición. Un alto honor, pero también una gran responsabilidad tras el nivel de virtuosismo alcanzado el año anterior con la intervención de Josu de Solaun. Y, aunque no estaba muy de acuerdo con todos los cambios propuestos, no le había quedado más remedio que aceptarlos en espera de tiempos mejores. Sabía que Xirgú había tenido algunos problemas de última hora en la constitución del jurado; no podía –ni quería– ocultar que se alegraba de dichas dificultades.

Buscó la documentación sobre el concurso en su despacho. Hasta ahora, comprobó, había inscritos casi cuarenta participantes de una veintena de nacionalidades distintas, que durante algo más de una semana se enfrentarían a un duro programa con el objetivo de dilucidar quién de entre ellos se alzaría con el preciado galardón. Luego sopesó las ayudas económicas y los diferentes patrocinios y comprobó con tristeza que, de nuevo, existían serios contratiempos para financiar el certamen. A pesar de todos sus esfuerzos, el piano y la música –la cultura, en general– seguían sin ser objeto de la atención de la ciudad y, aunque contaban con el inestimable apoyo de la Diputación Provincial para la organización y promoción del evento, este tenía más presencia y reconocimiento en el extranjero que dentro del país. No es fácil atraer al público a una cita así, pensó Quiles. El mundo de hoy en día no entiende del valor o de la importancia del arte. Cómo se había llegado a semejante situación era un pregunta demasiado difusa, aunque le sirvió para retomar la idea inicial. Al final, el mensaje que ofrecía aquella periodista, Zabala o como se llamara, era cierto: Jaén ya tiene bastante con mantenerse en pie. La cultura no es cosa

de todos. Y el piano constituye el reflejo de una sociedad distinta, formada, intelectual y a la vanguardia.

Durante unos instantes, la mirada de Quiles volvió hasta la catedral y el trozo de calle desierta que se veía por la ventana. Apartó los ojos e intentó arrastrar su pensamiento hacia caminos menos sombríos. Recordó su primer contacto con el certamen. Corría el año 2003. Jamás lo olvidaría, ya que aquella fue la primera y última vez en la historia del concurso en que se había levantado expectación suficiente como para trascender más allá del público habitual. Y no para bien. De nuevo, aquel nombre. Un escalofrío lo recorrió desde la nuca hasta la base de la espalda. Después de más de diez años volvía a su mente aquella silueta alta y desgarrada. Y, ayuntado a ella, el nombre que tanto se había esforzado por olvidar: Dunja. Darko Dunja. Su alargada sombra había conseguido oscurecerlo todo desde aquel momento.

Sentado en el cómodo sillón, desde su casa, Ernesto Quiles se obligó a rebuscar en la memoria el instante en que el fantasma de Dunja había vuelto a asaltarlo después de tanto tiempo. Se trataba, debía reconocerlo, de una asociación de ideas bastante improbable. La extraña alquimia del cerebro. Volvió a palpase el bolsillo interior de la americana, que aún no se había quitado, y notó que seguía allí. Sacó un folio doblado y reconoció la octavilla en la que se anunciaba el título de un documental que se proyectaba en Nueva York. Se levantó del sillón y recorrió la habitación hasta llegar al minibar, donde se volvió a servir un poco más de licor, con la íntima esperanza de aletargar su mente. Pensó en gritar en medio de la soledad de su piso, en maldecir mientras arrojaba la copa con furia contra la pared, haciendo que estallara

en tantos pedazos como miedos lo asaltaban. En lugar de eso, simplemente se acercó aún más a la ventana, pegó la frente al cristal y cerró los ojos.

Acababa de volver de un viaje a Estados Unidos con el fin de cerrar la actuación que el ganador del concurso de este año realizaría en Boston con la Sinfónica de la ciudad. Es imposible llegar hasta allí en un vuelo directo desde España, así que Quiles hubo de hacer una escala en Nueva York, donde se alojó durante una noche en espera del vuelo que lo llevaría hasta el destino final de su viaje. Pero eso sería a la mañana siguiente. Ahora, Nueva York le esperaba. Llegó al hotel a media tarde y, tras una breve ducha con la que intentó desprenderse del *jet lag* infructuosamente, salió dispuesto a reencontrarse con la ciudad que el año 1929 había causado tan honda impresión en uno de sus ídolos, Federico García Lorca. Como era lógico, se adentró en Manhattan con los ecos de la trompeta de *Rhapsody in Blue* en la cabeza. Tras un ligero paseo por la periferia de Central Park, deambuló hasta el Upper West Side al filo del anochecer, en busca de la música de los rincones y del famoso jazz de la Gran Manzana. Las luces incendiaron la calle. Sin saber muy bien por qué, fijó su atención en una marquesina de cine que anunciaba "*Seymour: an introduction*". Cogió una de las octavillas –la que ahora tenía en la mano, arrugada, y que había desencadenado toda aquella asociación de ideas– que anunciaban que en unos minutos empezaría la emisión del primer documental dirigido por Ethan Hawke sobre el pianista Seymour Bernstein. Por supuesto, no malgastaría las pocas horas que iba a pasar en Nueva York metiéndose en un cine de barrio. Ni hablar. Había tantas posibilidades en el anonimato que

ofrecía una gran urbe como Nueva York y se sentía tan libre que, aunque se contuvo cuanto pudo, no supo resistir la tentación.

La excitación comenzó a apoderarse de él. Podía notar su sabor en la lengua, tan reconocible y esquivo a la vez. El sensual cosquilleo en el paladar.

Empezaba la cacería.

Eligió la víctima en una cafetería de enormes cristalerías que le recordó a la que Hopper trazó en su cuadro *Nighthawks*. Se trataba de una chica joven, con el pelo suelto y gesto concentrado e inocente que apuraba su café en uno de los taburetes de la barra. Cuando salió, Quiles dejó un billete junto a su propia taza, como había visto que hacían los protagonistas de las películas americanas y se fue tras ella. Su forma de andar era felina y sinuosa y casaba a la perfección con el lugar. Piernas largas, elásticas. La acechó, enfebrecido, a través de la noche neoyorquina, por la acera de una concurrida calle en la que las luces de los escaparates se descomponían en láminas radiales que acuchillaban su silueta y la convertían en una especie de aparición; luego, por callejones más oscuros y menos transitados, donde apenas un rastro de salpicones eléctricos en el suelo conseguía guiarle tras ella. Aquel habría sido el momento, pero Quiles no se atrevió a abordarla tan pronto, tal vez porque no conocía el escenario y esto le generaba dudas. Sin embargo, sentía la excitación de su juego favorito fluyendo por las venas. El peligro. La emoción perversa de lo prohibido. Siguió tras ella hasta que desembocaron en una bocacalle más luminosa, momento que la chica aprovechó para girarse y enfrentarse a él con una mirada salvaje que nunca antes había visto en otra persona. Quiles pudo dibujar

en su mente los rasgos borrosos de aquel rostro, que recordaba maquillado con azul fiereza y que parecía el de una niña salvaje y tribal. También revivió la vergüenza de tener que escabullirse entre las sombras de la selva de hormigón sin haber cumplido su propósito. Y, tras ello, la frustración.

No fue hasta su viaje de regreso a Madrid –en Jaén no hay aeropuerto, aunque algunos se empeñen en asegurar lo contrario, pensó, mientras se le venía a la cabeza el ridículo letrero de AEROPUERTO JAÉN-GRANADA que creía haber visto en la autovía– cuando la inquietud había cobrado una forma definitiva. Se encontró la octavilla de promoción del documental en uno de los bolsillos de la americana, que había guardado aquella noche en Nueva York. Conocía de sobra la historia de Seymour Bernstein: ahora debía ser poco menos que un anciano venerable dedicado a dar clases de piano; pero pronto la imagen de un pianista al borde de la muerte fue sustituida en su imaginación por una figura joven y vibrante que había deslumbrado a la escena pianística antes de los treinta y que, sin embargo, acabó por abandonar el circuito de conciertos para recluirse en su ciudad de origen, Nueva York. Las causas por las que Bernstein había tomado semejante decisión le eran desconocidas, pero no era necesario ser muy avisado para suponerlas: la soledad –que era conocida como la enfermedad del pianista– y el cansancio de viajar de un lado para otro interpretando las mismas obras una y otra vez. Sería un desgaste, pensaba Quiles, parecido al que sentirían los participantes del certamen, quienes recorrerían el mundo en busca de alguno de los galardones de los festivales importantes, como el Fryderik Chopin de Varsovia o el Premio Jaén.

El propio Quiles lo sabía bien: una vez lo intentó, pero pronto se dio cuenta de que no podría llevar una vida como aquella. Carecía de espíritu. Tal vez, incluso, de talento. Intentó alejar la idea de su cabeza lo antes posible, sacudiéndola de un lado a otro con gesto grave. Pero aquel Seymour Bernstein, el nombre que aparecía en la octavilla del cine, le había recordado otro caso mucho más cercano a su experiencia personal: el del pianista alemán con el que un día se cruzó en un certamen de finales de los noventa y cuyo nombre volvía hasta él ahora para atormentarle.

En definitiva, una ridícula octavilla sobre un estúpido documental había hecho que volviera a Ernesto Quiles el recuerdo de Darko Dunja tantos años después, cuando ya lo creía olvidado. Luego, de vuelta en el presente y llevado en volandas por la música de Bach y por la noche, decidió que no dormiría. De todas formas, sería imposible hacerlo con la apabullante presencia de Dunja en la mente. Intentó tocar el piano, ensayar como hacía cada vez que tenía un rato libre. Pero no podía concentrarse. Frente al teclado, solemnemente colgado en la pared, el *Retablo de Isenheim*, el cuadro que había considerado como un símbolo de su dedicación a la música, parecía reírse de él. El Cristo crucificado extendía sus brazos al cielo como las ramas retorcidas de un esquizoide deforme y moribundo, atormentado por una tortura que no tenía nada que ver con la salvación de la humanidad, sino con su propia condena. Con el destino infecto y depravado del hombre. No, aquella imagen –que llevaba vistiendo el muro desde hacía años– no significaba ni por asomo lo que Quiles había creído. El diálogo artístico se completaba con una reproducción de *Crucifixion*, de Francis

Bacon. En su momento, le había parecido una especie de guiño a la modernidad, una forma de impresionar a las visitas. Ahora ya no estaba tan seguro. Le recordaba a una radiografía lechosa cuyos enfermizos trazos crecían en su presencia y llenaban la estancia y consumían cada molécula de oxígeno.

Con esta confusa sensación oprimiéndole el pecho, terminó por salir de casa en medio de la noche. A pesar de que hacía frío, la temperatura era inusualmente templada para el invierno, lo cual contribuyó a agravar la sensación de anomalía. Las calles fueron absorbiendo sus pasos y, sin saber cómo, fueron conduciéndole al barrio viejo, ese lugar vagamente ignoto, solitario y peligroso donde todo podía suceder. Vagó por los estrechos callejones hasta que encontró lo que buscaba.

Una nueva víctima.

Se trataba en esta ocasión de una mujer joven, pequeña y enjuta que iba canturreando una extraña canción y vagaba como perdida o desorientada o tal vez simplemente no tuviera un techo donde guarecerse, quién puede saber esas cosas. Anduvo detrás de ella durante unos minutos, recorriendo callejuelas mal iluminadas, hasta que al fin la mujer pareció rendirse, aminoró el paso y se detuvo en una esquina. Quiles se dio cuenta entonces de que no era más que una niña. Pero en Jaén las cosas son diferentes, pensó mientras se acercaba a ella. Pobrecita, se había quedado quieta como una cervatilla a la espera de ser cazada en medio de un claroscuro del bosque. Vio el miedo reflejado en sus ojos, que eran de un extraño color amarillento. Tal vez con la intención de espantarlo o conjurarlo, la chiquilla susurró de nuevo aquella melodía:

*Vienes vendiendo flores
vienes vendiendo flores
las mías son amarillas
las tuyas de dos colores.*

Y una ráfaga de viento repentina. No, Jaén no se parece en absoluto a Nueva York, pensó Ernesto Quiles, mientras sentía que la adrenalina lo inundaba y pensaba que aquella era la única forma de olvidar por un instante los fantasmas del pasado.



Mientras sube la cuesta que lleva a la casa, la chica no puede dejar de pensar en la hora que le queda por delante. Cada día se repite lo mismo: ve la puerta y, antes siquiera de llegar a ella, la mano huesuda aparece de entre las sombras del recibidor y la abre, como si hubiera estado esperándola desde hace horas. Luego sube tras el hombre por las escaleras angostas y empinadas, donde se percibe aquel olor asfixiante a cerrado y a gato y a soledad.

Un pasillo apenas iluminado por una bombilla intermitente a punto de fundirse. Después, la puerta de la habitación, siempre cerrada con llave. Una vez dentro, ella se sienta en la banqueta junto al piano de pared pegado a aquel muro desnudo, mohoso y desconchado. Él hace lo propio al otro lado, en una silla de anea con el asiento deshilachado y aspecto incómodo. En el techo, una extraña claraboya por la que entra la luz agonizante del día.

La chica toca hasta que el hombre la detiene en algún acorde. Basta un gesto y ella se paraliza en esa posición. La mirada gélida y penetrante del profesor de piano no la abandona ni un solo momento, lame su cuello y los hombros y el pecho ya formado; luego los ojos recorren sus brazos y se detienen en los codos, en las caderas y en las piernas, como una lengua asquerosa. El hombre se levanta y se acerca. Ella contiene la respiración mientras él indica con una especie de batuta los puntos que debe corregir: roza las manos, la rotación de las muñecas, seguro que las está abriendo demasiado; los dedos demasiado rígidos, muertos como ramas secas. La postura no es correcta. La

fina vara se apoya en el cuello y sube hasta la barbilla. El profesor vuelve a su lugar y traza con un dedo una línea vertical en el aire. De inmediato, la chica se amolda a ella y rectifica la inclinación de la espalda.

Pero no articula palabra.

Cuando termina su dibujo aéreo, el hombre abre los dedos índice y corazón en un sólido gesto que la niña cree que significa que separe los hombros cuanto pueda y suba el mentón hacia el atril. Se repite una vez y otra hasta que se le saltan las lágrimas. Ella evita mirar hacia el hombre, con su propia vista fija en la partitura emborronada. Pero los ojos del profesor de piano siguen sobre ella.

Tampoco la roza. Al menos, hasta el momento.

De hecho, le gustaría que las cosas siguieran así. Ahora, a pesar de que sabe lo que va a pasar, la niña no puede reprimir un escalofrío a medida que se acerca a la puerta de la casa: como por ensalmo, ve aparecer la huesuda mano del hombre en medio de la penumbra.

UNA MELODÍA PERDIDA EN EL TIEMPO

–No me importa lo que pienses ni cuál sea tu historia, Vega. El caso es que no se puede morder la mano de quien te alimenta. Es un mandamiento laboral tan claro como esos de “No matarás” o “No robarás” que se aplican al resto de las esferas de la vida.

La palabra *historia* se quedó revoloteando en los oídos de Vega Zabala durante unos segundos más, pero pronto se perdió entre las demás como una mariposa en el viento. Su intención no había sido esa ni de lejos. Juan Rocas, el director del Diario Jaén, la había convocado a una reunión urgente apenas unas horas después de la publicación del artículo. Al parecer habían llegado quejas airadas de algunos lectores ante el tono crítico y casi despectivo, con el que se hacían duras referencias a Jaén y a sus habitantes. En realidad, la periodista solo pretendía ironizar sobre las limitaciones que imponía vivir en una ciudad como aquella. ¿Qué de malo había en ello?

–Debería despedirte ahora mismo.

Un incómodo silencio se apoderó de la oficina. Era su turno. Tocaba disculparse con tacto, definir suavemente una línea de actuación de la que la periodista no saldría a partir de ese momento. Esas cosas gustan a los jefes. Asumir el golpe, aprender y volver al trabajo para no cometer el mismo error. Pero a Zabala no le gustaba mentir. Aquella era su manera de enfrentarse al periodismo y, en cierta forma, ya había pagado un alto precio por ello antes. No, no era perder su puesto –recién adquirido, por otro lado– como redactora en el Jaén lo que temía. Al fin y al cabo, aquella escena le era extrañamente familiar y, aunque a una escala que no se podía equiparar, ya la había vivido antes. No hacía más de un año que había tenido que abandonar su puesto como redactora jefe en Madrid. *¿Abandonar?* Sería más correcto decir que la habían despedido, pensó, mientras recordaba la serie de artículos que propiciaron su caída. La letra impresa dicta siempre su ley y esta es inamovible. Las consecuencias son inevitables. De camino, también había abandonado su propia vida. Su casa. Madrid. El hombre del que se creía enamorada. En definitiva, el mundo tal y como lo conocía se había derrumbado alrededor. Ahora, volvía a estar en la casilla de salida y no podía permitirse más contratiempos.

–Sin embargo –bufó Rocas, un hombre descomunal que ahora alargaba la mano con dejadez hacia adelante, como haría si estuviera tratando de alejar una mosca que le importunaba–, no creo que esa sea la mejor opción.

–Gracias, Juan –contestó Zabala con una mezcla pasmosa de frialdad y alivio.

–No te apresures. Aún no he terminado y el final no te va a gustar. Por ahora, te dedicarás al ensamblaje y la edición. Nada de artículos de opinión.